

Una monarquía para la sociedad

Al analizar los caminos de la actualidad nos vemos siempre obligados a empezar por la transición a la democracia y, consecuentemente, a la monarquía constitucional. Esta institución, que tan malos augurios concentraba hace veinte años, es ahora la más prestigiada dentro de nuestra vida política y sirve, como lo ha demostrado fehacientemente, de defensa última del sistema político y también de garantía de su continuidad.

No se trata tanto de que acabemos hablando de la transición porque no sabemos hacer otra cosa, como de que el tiempo transcurrido desde la muerte de Franco y la reflexión cada vez más serenada van poniendo cada cosa en su lugar y permitiendo correcciones y matizaciones de nuestra visión inicial. Algunos la han presentado como la "transacción entre élites", que en parte fue, y otros como un diseño original de personalidades o fuerzas políticas concretas. La verdad es que estas explicaciones y otras similares son insuficientes y con frecuencia asignan méritos a quienes no les corresponden.

La mejor operación política del siglo XX en España no estuvo respaldada por ningún ideario explícito, ni por ningún proyecto intelectual cuyas líneas maestras se siguieran. Todo lo más, acompañada por esbozos y papeles de ocasión y, permítaseme la ironía, inspirada por una revista que lo enseñaba todo —*Interviú*—

**SALUSTIANO
DEL CAMPO**

«La mejor operación política del siglo XX en España no estuvo respaldada por ningún ideario explícito, ni por ningún proyecto intelectual cuyas líneas maestras se siguieran.»



y en la que los portavoces de los sectores de la derecha y de la izquierda nos ofrecían sus comentarios sobre el proceso: Fernando Vizcaíno Casas por la primera y Francisco Umbral por la segunda.

A la muerte de Franco estaban muy claros los términos en los que el problema estaba planteado: era necesario dotar de un marco legal e institucional nuevo y democrático a una sociedad vigorosa y ya modernizada, que lo exigía. Los actores eran tres y la partida estaba por jugar. La presencia de la sociedad y su mensaje no ofrecía dudas: estaba muy viva y no quería recaer en antiguos y costosísimos errores y, por lo tanto, se resistía a dejarse arrastrar o romper por ningún costado. Los políticos, aunque todos querían la democracia, estaban divididos en cuanto a la manera de lograrla. Los de izquierda propugnaban la ruptura y exhibían una notable ignorancia del estado real de la sociedad y escaso interés por lo que demandaba. Los de derecha se encontraban apresados en sus contradicciones y rencillas y pronto les dejaron expedito el acceso al poder. El tercer actor era la monarquía, cuya reinstauración aparecía difícil y cuyo arraigo futuro era problemático.

A mi parecer, ninguna de las interpretaciones de la transición supera hasta este día la de Charles Powell que, como es notorio, pone de relieve el papel desempeñado por el Rey don Juan Carlos I y la sintonía de sus actos con las necesidades del cambio. Como he podido contrastar con el autor, sin embargo, tal vez la actuación de la sociedad en los sucesivos momentos electorales haya sido tan acertada y, desde luego, aún más decisiva y convenga que se revalore.

Para que la transición se cumpliera con éxito y pacíficamente era imprescindible que las diversas piezas encajasen y así sucedió, aunque en unos casos mejor que en otros. Desde el referéndum de la reforma política hasta las ultimísimas elecciones generales celebradas, los votantes han actuado siempre a la perfección, con la única tacha de las de 1986 en las que fueron torpemente desorientados por la llamada "Operación Roca". La sociedad española se había transformado a fondo en los años sesenta y primeros setenta y comparecía en la transición como sustancialmente distinta de lo que había sido en la Segunda República y al acabar la Guerra Civil. Era más moderna que su clase política de la izquierda y de la derecha y andaba a la busca de un punto de apoyo sólido.

No se lo proporcionaron ni los políticos procedentes del franquismo, que lo intentaron en grados distintos, ni los de la oposición moderada a causa de sus temores y recuerdos, ni los de la izquierda por su ansia de precipitarse. En realidad, los penosos días políticos que estamos viviendo demuestran que, para la inmensa mayoría de los que aún

«Ninguna de las interpretaciones de la transición supera hasta este día la de Charles Powell que, como es notorio, pone de relieve el papel desempeñado por el Rey don Juan Carlos I y la sintonía de sus actos con las necesidades del cambio.»



nos mandan, la transición ha sido y es sobre todo postfranquismo. Por esta razón, los numerosos personajes que se han ido quedando por el camino fueron incapaces de consolidarse en la democracia y, si lo que ahora está pasando no destroza al PSOE internamente de un modo irremediable, su retorno al poder cuando le toque, con hornadas nuevas de políticos, probará lo que digo.

La monarquía fue la gran institución que supo distinguir y entender las opciones que se le ofrecían y elegir correctamente. Estas no estaban sólo en el ámbito político y, por consiguiente, la cuestión no era decidirse por la derecha o por la izquierda, sino escoger entre estar del lado de una sociedad de clases medias moderna, sensata y deseosa de avanzar, o zambullirse otra vez, como en anteriores etapas monárquicas, en el mare mágnam de la política. De aquí que la Constitución de 1978 acertara atribuyendo al Rey el arbitraje y la moderación del funcionamiento de las instituciones, porque ambos cometidos eran los que mejor podían casar con el talante y el excelente sentido de la orientación política del titular de la Corona y con el momento de la sociedad.

Se puede decir que se encontraron y unieron su suerte en el momento justo una monarquía renovada y una sociedad española distinta y preparada para regir sus propios destinos, a la cual se le devolvió la soberanía. Con ese trasfondo, es lícito calificar lo que actualmente nos sucede como un intento de sustraer al verdadero titular de la soberanía la palabra decisiva. Sorprende que se pueda calificar de conjura antidemocrática a una simple petición de elecciones libres, o que se desafíe a la oposición a presentar en el marco de una moción de censura su programa, precisamente ante unos grupos políticos que han pactado en secreto y al margen del Congreso y, según todos los indicios, en contra de lo que desea el electorado, que es muy capaz de juzgarlo por sí mismo inapelablemente.

El inesperado ajuste entre una institución tradicional que incorpora en sí misma nuestra historia y una sociedad que está dispuesta no solamente a continuarla sino a mejorarla, es el logro supremo de este período. La transición se realizó muy pendiente de la guía de la opinión pública y pienso que la solidaridad entre monarquía y sociedad tiene que continuar si se quiere superar la fase nueva que estamos ya abocados a afrontar. La prueba política del nueve de nuestra democracia, esto es, la sustitución sin traumas del gobierno de centro izquierda por uno de centro derecha, está lista para consumarse, pero los políticos que vienen han de reconocer, respetar y fortalecer a la nueva estructura social, porque en otro caso su dinámica también se impondrá a los voluntarismos.

«En realidad, los penosos días políticos que estamos viviendo demuestran que, para la inmensa mayoría de los que aún nos mandan, la transición ha sido y es obre todo postfranquismo.»



Hoy todo el mundo coincide en que el concepto de subdito ya no es válido en una democracia europea, pero pocos se han percatado todavía de que el de ciudadano está experimentando igualmente una profunda transformación. En la sociedad que se está configurando el problema principal consiste en conciliar la solidaridad imprescindible con las plurales identidades sociales. Una auténtica democracia no se define ya por el juego de las perspectivas individuales frente a las totales del Estado, sino que exige conjugar, dentro de la sociedad más que del Estado, nuevos vínculos y formas de interdependencia entre identidades y solidaridades. La ciudadanía en una sociedad democrática no posee solamente derechos individuales, sino también, como sugiere Pierpaolo Donati, los que se derivan de su organización en múltiples y variadas autonomías universalistas, entre ellas las regionales, con las cuales hay que contar.

«La monarquía fue la gran institución que supo distinguir y entender las opciones que se le ofrecían y elegir correctamente.»

